

1988: Con Bernardo Correa, en Villa de Leyva



Debemos reconocer que en el ser humano existen profundas tendencias arcaicas contra la democracia y, si queremos defenderla realmente, comencemos por reconocer una de sus mayores dificultades: nuestros orígenes no fueron democráticos.

Estanislao Zuleta

DANIELA CARDONA,
ELIZABETH GIRALDO
y VINCENT RESTREPO

La actualidad de un pensador, su resonancia en el hoy, no es una esencia que repose inalterada por los años en cualquier producción intelectual y artística; por el contrario, y como respuesta al ejercicio del pensamiento, traer a un pensador al presente es una tarea, un trabajo, una labor que requiere dedicación y estudio por parte de quien la realiza. Repetir las palabras de otros sin conexión alguna con el pensamiento propio o los fenómenos contemporáneos es abandonar mucho de la soberanía intelectual a los seguramente brillantes aportes de esos otros, pero tales aportes, sin pasar por los filtros de la experiencia y las posturas propias, serán siempre objetos extraños artificialmente adosados a nuestro discurso. Ahora, que uno llegue a ser un buen actualizador del pensamiento significa que uno es a su vez un pensador, y eso, decididamente, es algo que está mediado por la dificultad. Sin embargo, no hay que temer ni sentirse ajeno a esa labor del intelectual, por el contrario, esta solo se podrá lograr a partir de las pequeñas pero significativas aventuras por los



TEORÍA DEL SUJETO Y DEMOCRACIA

bosquejos de las primeras sendas que marcarán luego el rumbo de las ideas. Se trata, contando con los esfuerzos, de sabernos merecedores de las realizaciones del pensamiento y al mismo tiempo posibles hacedores de ellas.

Quien se acerca a un texto o conferencia de Estanislao Zuleta y emprende una atenta lectura o escucha, podrá darse cuenta de un asunto: su pensamiento es la construcción de una estructura epistémica cimentada en diversos saberes, como el marxismo, la filosofía, el arte, la antropología estructural, la lingüística, el psicoanálisis. Y si bien Zuleta nos presenta estos saberes en sus diferentes planteamientos teóricos, hay que agregar que la reunión de todas estas potencias explicativas no está hecha a la manera de ese erudito que pone un saber encima de otro como si apilara libros. Por el contrario, la riqueza del pensamiento de Estanislao está en su capacidad de poner en diálogo a todos estos saberes, tendiendo puentes entre ellos que los actualizan y que complejizan la mirada frente a las problemáticas humanas. Son estas problemáticas —sociales, económicas, históricas, políticas, subjetivas— el objeto privilegiado para el análisis, de por sí complejo, sin que sea posible acudir a un solo saber con la arrogancia o la ingenuidad de quien piensa que únicamente ese

saber es suficiente para entender el mundo que se presenta ante nuestros ojos.

Si bien una mirada sobre la interpretación que realiza Zuleta del psicoanálisis, especialmente el freudiano, podría centrarse en una revisión especializada de este saber, pues Zuleta realiza una apropiación y una explicación amplia de conceptos, búsquedas y estructuras teóricas, para los propósitos de este texto es más apropiado señalar, desde nuestra propia interpretación, de qué manera sus estudios sobre el psicoanálisis nos pueden brindar elementos para pensar la democracia, partiendo de una noción central: contar con que al ser humano no solo lo definen sus actos conscientes, sino que en él también opera una instancia inaccesible que no puede controlar voluntariamente, el inconsciente.

Es así como pretendemos tomar a Zuleta para tejer unas primeras líneas de trabajo que nos permitan pensar la democracia como el escenario en el que la pluralidad, como confrontación política, es posible, desde la perspectiva y los aportes que el psicoanálisis nos puede dar. Señalamos con esta orientación tres dimensiones que según nuestras lecturas¹ son un importante avance para abordar el problema que aquí traemos: la primera, una teoría del sujeto del inconsciente que nos

lleva a considerar la singularidad y la rareza de cada quien; la segunda, un entendimiento de las instituciones y las formaciones colectivas humanas que nos invita a pensarlas frente a la latencia permanente de erigirse como garantías totalizadoras de la verdad; y, por último, considerando las dos anteriores, el llamado a la responsabilidad que tanto individual como colectivamente estamos invitados a asumir hacia otras formas de la existencia en democracia.

La primera de ellas tiene que ver con la concepción de lo humano que introduce el saber psicoanalítico; una revolución teórica que se deslinda de las tradiciones religiosas, filosóficas y científicas de épocas pasadas y actuales. Decir que el ser humano no se define tanto por sus actos voluntarios y conscientes, sino que está determinado más por una estructura psíquica, histórica y dinámica, que le es en gran medida inaccesible, hace que se esté hablando desde una complejidad tal que cualquier generalización, moralización o penalización de los actos humanos son insuficientes, erradas e incluso inhumanas a la hora de tratarlos. La presencia de un sujeto del inconsciente en la obra de Zuleta será fundamental para sus postulados y problematizaciones, para una concepción de las formaciones políticas, para una propuesta de otra sociedad democrática que cuente y tenga como fundamento la historia singular que cada hombre y cada mujer es.

La noción de sujeto del inconsciente, que contrasta con el sujeto abstracto y libre del cristianismo y del liberalismo, implica en primera instancia el reconocimiento de la singularidad de cada quien. Cada individuo en sí representa una historicidad muy específica, un acto complejo en el que se condensa una serie de factores que hace de cada existencia una muy particular y única forma de estar en el mundo. Quizás, al igual que Marx muestra que las condiciones materiales y espirituales y la forma de distribución de las riquezas de una época están íntimamente ligadas a la amplitud del espectro de posibilidades que las personas tienen para

pautar su vida, el psicoanálisis permite reconocer que el lenguaje y el inconsciente son a la vez posibilitadores y limitantes del sujeto, que este está anclado a lo que se configuró de modo inapelable en él sin darse cuenta siquiera y que ello le depara formas de conducta, del deseo, afinidades y angustias constitutivas que pueden derivar en la terrible situación de no lograr la realización de una vida propia y auténtica o no hacer con esta algo con sentido para sí, con y para los otros.

La segunda dimensión que acá traemos es un salto al problema de las instituciones y al conflicto inherente a las agrupaciones humanas. En el estudio realizado por Zuleta sobre el psicoanálisis, muestra que los seres humanos le tememos a la libertad, en tanto ella nos arroja a una exigencia: pensar por nosotros mismos. Somos propensos a eludir la responsabilidad de elaborar una historia propia, de concretar una vida que consulte con nuestro deseo, de pautar una existencia única e irrepetible. Por el contrario, tendemos a buscar ídolos, amos, seres que nos indiquen con seguridad el camino a seguir, de forma que podamos “evitarnos” encarar la angustia de pensar, de ser creadores de un destino propio. Eliminamos la angustia que nos depara el sabernos libres cuando establecemos una relación mesiánica con los demás, en la que nos despojamos de nuestra autonomía y enunciamos que “el otro ha de hacerse cargo y ha de decidir nuestro camino”. Y es menester decir que ese “otro” no solamente está encarnado en la figura del caudillo, sino también en toda institución que enarbola la bandera de la verdad inapelable, de la revelación sagrada, de la fórmula de vida incuestionable.

No es un juzgamiento moralizante el que se trae a colación, es la descripción de un fenómeno psíquico que tiene que ver con nuestras más profundas y arcaicas tendencias de volver al otro (religión, familia, ejército, partido) una proyección inapelable de la autoridad y la ley que nos constituye, que hace parte imprescindible de nuestro ingreso al mundo, al mundo del lenguaje, al mundo de la cultura. Es, si estamos

dispuestos a encararlo, un combate arduo este de luchar por otras conductas que contrarresten la nociva tendencia a depositar la garantía del sentido de la vida y la verdad, bajo el régimen de la autoridad, en lo establecido, y que se acoge sin mediar cualquier crítica o diálogo posible. Sin embargo, el ser humano cuenta con una herramienta vital, el pensamiento, que no es en sí una garantía, pero sí la esperanza de poder conquistar un lugar singular en el mundo de los otros. Las jerarquías aplastantes y el acomodamiento sumiso a ellas es un fenómeno común, pasado y presente de los grupos humanos, pero también es característico de lo humano su condición histórica, es decir, el hecho de que es resultado de las decisiones y actos que los mismos seres humanos han emprendido, lo que nos pone ante la posibilidad, no así la certeza, de poder intervenir en ellos.

Es el llamado a un estado atento del pensamiento, en este caso particular sobre nuestra conducta gregaria, para la consolidación de una democracia en la que la postura propia, su puesta en lo público y la aceptación del otro sean rasgos constantes y característicos de ella.

La última y tercera dimensión habla de la responsabilidad individual y colectiva que debemos asumir y afrontar cuando de conformar unos vínculos democráticos se trata. Saber que el ser humano no está gobernado solo por su conciencia, sino que en él está viva y operando esa otra instancia suya que es el inconsciente, nos pone de cara a la difícil tarea de posicionarnos ante el otro, reconociéndolo como producto de una compleja trama vincular e intersubjetiva, reconocimiento que impide la fácil postura de leer sus acciones desde una moralización erigida, quizás, sobre las unilaterales perspectivas religiosa o liberal. Desde estas perspectivas, las acciones de cualquier ser humano son solo adjudicables a él, entendiéndolo como causa única de sí mismo, como hijo de sí mismo, dejando a un lado, por tanto, el camino explicativo que pudieran aportar, precisamente, las relaciones establecidas en su devenir histórico, desde

aquellas llamadas por el psicoanálisis, como primordiales. Que se entiendan nuestras acciones desde esta última mirada, nos lleva a entender la relación íntima que hay entre la sociedad y el ser humano, la incidencia mutua que allí se establece.

Esta manera de ver las cosas hace de la lucha por una sociedad más justa y democrática, una lucha que tiene que ingresar al terreno de la cultura misma, pues es esta el caldo de cultivo de las subjetividades, con lo cual, si fuéramos a poner un ejemplo, en el caso del crimen, dicho combate no consistiría en la eliminación de la persona criminal, creyendo que con eso se ha eliminado el problema, sino en mejorar las condiciones de la cultura en las que su existencia se ha desplegado, evitando en otro el desborde de su pulsión tanática. Fácil e irresponsable es combatir las acciones reprobables de los seres humanos eliminándolos o exiliándolos del vínculo social, difícil es darnos a la humana tarea de reconocer las causas de esas acciones y, por tanto, acometer una labor, cultural podría decirse, que las entienda y busque trabajar en ellas en pos de transformarlas y de transformar las vidas que con ellas se hacen.

Hacernos cargo de nuestra vida y desplegarla en el juego de posibilidades e imposibilidades que la ha signado puede ser, si se busca comprender el porqué de sus formas, no solo encarar una lucha individual, sino, de igual manera, social, cultural y política, ya que en tal despliegue vital necesariamente tenemos que vérnoslas con la reflexión crítica sobre los discursos, las instituciones, las ideologías que han convergido en el camino de nuestra existencia y le han puesto escollos o le han posibilitado apertura. Tal reflexión no es fácil, dado que acarrea el dolor de tener que batallar contra nosotros mismos, pues, como lo dice el mismo Estanislao, “nuestra manera de ver y concebir el mundo es un rasgo esencial de nuestra identidad, de ahí lo difícil y angustiante que es aceptar su refutación”; no obstante, en este complicado camino, vinculado al de otros, estamos posibilitando la construcción de un terreno

común a partir del cual se dé un encuentro en el que tengan cabida los valores del reconocimiento, la diferencia y el pensar por cuenta propia, esto es, que se dé un encuentro vital en el que lo expresado pueda ser escuchado, reflexionado y debatido, con lo cual, en últimas, se le estaría dando lugar a una mejor subjetivación de todos.

Lo dicho importa a la hora de pensar en una sociedad democrática, a la hora de propender por una democracia radical, pues si ella se considera un escenario político para el encuentro de visiones y posturas diferentes, tenemos que esto no es posible si no se reconoce que las voces allí expuestas son voces históricas, atravesadas por dramas y búsquedas, por ideales y valoraciones, por inhibiciones y potencialidades. Todo lo cual recuerda esas adjetivaciones que de la democracia hace Zuleta: que ella es angustia, que es frágil y es modestia.

Angustia, porque la democracia, en tanto es un encuentro conflictivo y racional de miradas sobre el mundo y la humanidad, exige que expresemos de manera argumentada lo que pensamos, entendiendo que no es posible la imposición de nuestras consideraciones, sino, por el contrario, la demostración de estas, exigencia esta última que señala al otro como igual, como capaz de seguir reflexivamente lo enunciado por alguien y tomar posición frente a lo dicho. Empero, ¿tenemos visiones sobre el mundo construidas a partir de la reflexión? ¿Nos han importado el mundo y los otros al momento de encarar la labor de tener una palabra sobre aquel y estos? Ir hacia la construcción de un pensamiento propio que nos ayude a la realización de una mejor vida y a la construcción de un mejor destino social no es nada fácil; somos seres propensos al dogma, al anhelo de reeditar, otra vez en palabras de Zuleta, esa palabra inobjetable que acerca del mundo venía de nuestra madre y nuestro padre, o de aquellos que hayan estado en el tiempo inicial de nuestra vida.

Frágil, porque en tanto siempre está latente en nosotros la reedición de ese dogma inicial —que es posible, como ya hemos

dicho, en nuestra relación con las instituciones y las figuras de autoridad—, la democracia es un combate que puede fracasar, que puede abandonarse para derivar en los brazos seguros de aquel que nos alivie de tener que entrar en conflictos, de tener que expresar un pensar propio y, en consecuencia, abrir la posibilidad de morir en esa exposición de lo que somos al sabernos refutados.

Y *modestia*, porque la democracia, al darle lugar a la pluralidad, nos recuerda que nadie encierra una respuesta única y absoluta, que la verdad, una vez más como dice Zuleta, no es la que yo propongo sino la que resulta del debate y del conflicto, un debate y un conflicto a los que hay que entrar con la humildad del que escucha y reconoce que en algo puede aportarle el otro, aunque corra la dramática, y, por qué no, alegre experiencia de tener que abandonar lo que antes creía.

La democracia, en su angustia, su fragilidad y su modestia, nos invita a dejarnos afectar en el encuentro con los otros, en la escucha de aquello que tengan por decir, nos invita a dejar el camino abierto para los cambios que sean necesarios, a encarar la responsabilidad del destino humano desde la loable tarea de darles lugar, en la confrontación y la reflexión, a las diferentes posturas sobre cuál ha de ser el destino de todos, destino que será mejor o peor según la capacidad que tengamos de hacer algo, precisamente, con esas diferencias y divergencias, con la reflexión sobre qué mundo es mejor para el despliegue digno de la vida de cada ser humano. **■**

Daniela Cardona, Elizabeth Giraldo y Vincent Restrepo
(Colombia)

Texto escrito a seis manos por Daniela Cardona, Elizabeth Giraldo y Vincent Restrepo; los tres son miembros activos de la Corporación Cultural Estanislao Zuleta y participantes del grupo de estudio crítico de la obra de Estanislao Zuleta en su subgrupo de psicoanálisis.

Notas

¹ La aproximación a textos como “Psicoanálisis y criminología”, “El pensamiento psicoanalítico”, “Psicología de las masas y análisis del yo” y “Moisés y la religión mono-teísta” nos ha permitido concretar la reflexión presente.